

Saludo a la Cigüeña

¡Qué traes bajo tus alas, peregrina de continentes?

¿Qué estrella misteriosa guió tu afán viajero?

¡Vuelves con la nostalgia en tus ojos de tu viejo nido y en tu corazón el tierno recuerdo de tu pasado idilio amoroso!

¡Y vuelves a nosotros que esperamos ansiosos tu vuelta, año tras año porque nos traes contigo la Primavera!

¡Y como el agua no sabe que es música en el regato!

¡Y como la rosa no sabe que alegra y perfuma!...

Tú, con tu retorno, al perfilar en la torre tu silueta de efigie hierática, en esa quietud bizantina de estatua orante, nos das compañía, y ejemplo, y sosiego, y un dulce reproche a esta vida de dinámico paroxismo que llevamos.

¡Cigüeña, zanjularga y silenciosa compañera de mis ratos de quietud espiritual; tú me animas a seguir mis monótonos trabajos, y me recuerdas mansamente que es dichoso el que vuelve al rincón donde suspiró su corazón con ansias de amor y de fe!

¡¡Bienvenida seas cigüeña amiga!!

¡Ave cartuja te llamaba un poeta

porque ibas al Paular:

Buscabas el silencio y el nido,

huías como el monje

del mundo y del ruido

y buscabas el dulce

sosiego del hogar...!

GREGORIO GALLEG0 CEPEDA

PAGINAS ANTOLOGICAS

BALADA DEL NIÑO ARQUERO

I

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta y su golpe atraviesa temblando la casa desierta:

—Voy, Amor... ¡Con qué afán mis deseos bajaron a abrirle!
Entra, Amor; francas tengo mis puertas para recibirte...

¡Todo el día arreglando mi casa, desde muy temprano, por que en todo resultara digna del gentil tirano!

Las estancias recogen el ánimo de pulcras y olientes.

He colmado los viejos tibores de flores recientes, y por dar a su carne rosada reposo y provecho, con plumón y con cándidos linos conforté mi lecho...

¡Como un ascua reluce esta noche mi vieja morada, cual si lleno la hubiesen de estrellas, toda iluminada!

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta y su golpe estremece de gozo la casa desierta...

—¡Te esperaba! A mi ruego devoto fué blando el Destino; con las rosas primeras del año te alfombré un camino, y en la arcada de piedra musgosa que marca el lindero, bajo un verde festón de follaje, colgué este letrero:

«¡Caminante que llevas por báculo un arco encantado y a la espalda, supliendo la alforja, tu carcaj dorado: no prosigas tu viaje más lejos, que estás en tu casa. Jovencito: Si Eros o Cupido te llames, ¡pasa!»

El rapaz de los ojos vendados franqueó mi puerta: ¡su visita dejó perfumada la casa desierta!

II

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido!

¡Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Cuatro heridas sangrientas que el arquero causó, envenenadas!

¡Oh dolor! Cuatro duras saetas en mi alma clavadas:

La primera en la frente descargó su artificio violento...

¡Su ponzoña hizo presa en la llama de mi pensamiento!

La segunda, en los ojos. ¡Ciego soy, mas me sirve de guía, en la ruta, una mano que siento temblar en la mía!

La tercera, en la boca. ¡Mi mal tiene delirio sonoro: repetir de continuo las cifras de un nombre de oro!

Y la cuarta en el pecho... ¡Oh, malhaya la punta homicida, que, a la par de causarme la muerte, dejóme la vida!

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido; más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Oh tristeza! Mi alma, que un pacífico sueño envolvía, por tu causa salmodia la pena de esta letanía:

«Duro Amor veleidoso... Simulacro de eternos ardores:

¡te juzgamos propicio tan sólo para nuestras flores!
Breve Amor lisonjero... Decidor de una paz no turbada!
tu licor en mis labios sedientos fué sed renovada!
Cruel amor fatalista... Olvidar tus cadenas no es dable:
¡tienes toda la inmensa amargura de lo irremediable!»
De tal modo mi queja a los aires lanzó tus rigores...
¡En mi ser batallaban conmigo los cuatro dolores!
¡Cuatro veces fui muerto, cuatro veces, Amor, me has herido!
Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

III

¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!
Por trocar en olvido apacible mis duros enojos,
he atrancado las puertas del patio con dobles cerrojos,
y he clavado las altas ventanas que vieron al frente
los lejanos pinares dorados al sol del poniente...
¡Estoy solo; mi espíritu es lleno de un algo inefable!
Mal curado de amores, ya pronto estaré saludable...
De las viejas cenizas mis manos hurtaron el fuego,
y en el vivo y cruel sobresalto pusieron sosiego...
¡Oh, que bien este encanto sereno que en mi alma se vierte!
¡Oh, cuán grande este dulce reposo, que es casi una muerte!
¡Oh temor! En el harto silencio se escucha un ruido:
¡alguien anda crujiendo la arena del parque dormido!
¡Han hablado; oigo voces perdidas al pie de la fuente!
Voy a ver... ¡Es tan sólo un capricho de convaleciente!
Abriré los maderos, no abriré los velados cristales.
¡Nadie puede forzar de mi empeño los firmes umbrales,
que he cerrado la verja de hierro que guarda la entrada,
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!
¡Nada veo! El misterio nocturno de mi alma se adueña...
¡El jardín en la noche de plata parece que sueña!
Abriré; sólo vanos temores turbaron mi aliento,
Son fantasmas que fingen los pinos mecidos del viento...
El silencio del alma al silencio del parque se aúna.
¡En el cielo se abrió, toda blanca, la flor de la luna!
En las sombras un pájaro arrulla quejosos remedos.
Un temblor que renueva mi angustia me llena de miedos...
¡Algo cruza en un rápido vuelo rozando mi oído!
Un silbido atraviesa la noche... ¡Gran Dios, me han herido!

*¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada,
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!*

ENVÍO

¡Otra vez, dura flecha, por matarme saliste traidora
de la aljaba de los ojos negros de la flechadora!
¡Otra vez en mi carne te clavaste con alevosía
y tu hierro gustó el dejo amargo de la sangre mía!
Di a la mano de nieve que te lanza contra mi ventura
que al tú herirme respondió mi pecho con ciega locura:
«¡Bien venida saeta, mensajera de males de amor!
¡Si hay dolor en tu punta acerada... divino dolor!...»

TOMAS MORALES

Nuestro Granito de Arena

A «El Alférez de San Pedro», devotísimo y entusiasta paladín del glorioso Santo alcantarino.

EN el pasado mes de Noviembre, ha querido Dios que los cacereños paguemos el primer plazo de la enorme—*así, enorme* y elevadísima, por su cuantía—, deuda que al correr de las centurias teníamos contraída con nuestro San Pedro; con el bienaventurado paisano, pasmo de las gentes por su vida de penitente y asceta sin par.

¡Cuánta sana envidia, Santo Dios, nos tendrán otras regiones españolas al reconocer con asombro que después de San Francisco de Asís—el más grande Santo de todos los tiempos, según nuestro modo de entender—, es a Pedro de Alcántara a quien por sus virtudes corresponde ocupar el más destacado lugar en la mansión de los elegidos, a la diestra de Dios Padre!

Siempre he sostenido, y continuaré haciéndolo hasta el postrero día de mi existencia, que nos cupo la mejor suerte con lo del paisaje de este portento franciscano; noble por su cuna, cual su padre el bachiller Garabito y su hermano Pedro Barrantes, publicista, cortesano insigne y privado del Rey; doctor seráfico, *magister optimus* en la ciencia mística de la oración y la contemplación, porque encerraba en su alma los más preciados tesoros de sabiduría espiritual; dechado de perfección, tan obediente como humilde; consultor de negocios santos, por lo que las gentes buscaban las luces de su dirección y de sus consejos y llevaba a las almas a la relación cordial y trato íntimo con Dios; limosnero y celador escrupulosísimo de la santa pobreza; y en fin, varón excelso, sublime en santidad y predilecto del Altísimo, quien hizo merced a nuestra amada tierra de tan prodigioso hijo.

Se ha colocado en la más bella de las plazas, para que sea contemplada, admirada y venerada por los cacereños, su imagen benditísima, tallada por el mejor de nuestros artífices; y, el vocero más autorizado del solar hispano, entonó pública y sentida oración ensalzando sus virtudes y recordándonos lo que significa su celestial